

LA ONDINA DEL PLATA

PUBLICACION LITERARIA

DIRECCION Y ADMINISTRACION {
En su Imp.—Santiago del Estero 176. }

DIRIGIDA POR {
LUIS TELMO PINTOS }

APARECE LOS DOMINGOS {
Precio de la suscripcion, 10 \$ el mes. }

SUMARIO

Poesias de Gervasio Mendez, por Gregorio Uriarte—Ella (poesia), por Estanislao Perez—En familia: El primer pantalon: ¿Tendria cuarenta años?, por Gustavo Uroz—Desamparo (poesia), por Benjamina del S....—En Cauquénos (poesia), por Hortencia Bustamante de Baera—La noche, por Antonio J. Verdeja—8 de Octubre (poesia), por Ernesto Fernandez y Kapiro—A J.... (poesia), por V. B.—A «La Ondina del Plata» (poesia), por Manuel G. Canata—Pensamientos, por Mercedes Cabello de Carbonera—Amor (poesia), por Ramon Oliver—Ecos de La Ondina, por Adelfa—Revista General.

A este número acompaña un figurin.

POESIAS DE GERVASIO MENDEZ

.....
Leed mi historia
En estas páginas:
No la leáis al sol del medio día,
Sinó á los rayos de la luna pálida!

Estos versos figuran en la *última hoja* del libro del Sr. Mendez y sintetizan el sentimiento que anima todas sus composiciones. Ellos revelan al lector, que las flores cuya fragancia acaba de aspirar están fecundadas con la lágrima y han nacido del seno de una existencia trabajada por el dolor, como nace y crece la flor del aire adherida á la solitaria y elevada roca azotada por el huracán de las tormentas. Una situación que revela los pesares mas intensos dominados por el talento que sondea con mirada luminosa los abismos del alma acongojada para modelar sus inspiraciones en el vaso transparente de la poesia, ofrece al psicólogo la ocasion de observar el desenvolvimiento de la vida moral, iniciada en los arcanos de la conciencia para terminar su evolucion en el seno del arte, descubriendo así el vínculo que une la filosofía y la critica. Semjante procedimiento se aviene especialmente á la índole de la poesia lirica. La fuente de ésta se halla en el alma, y el pensamiento no llega hasta

su fondo sin la reflexion concentrada, lo cual encarece la superioridad de este género de poesia en todas sus combinaciones sobre las que prevalecieron en la antigüedad, puesto que lleva en sí la conciencia de la personalidad propia revelada aún en las descripciones, merced al colorido con que las ilumina el sentimiento individual del autor. No es extraño desde luego observar que hayan sobresalido en la poesia lirica los que mas han sufrido, porque, como hemos dicho, el lirismo exige reflexion y el dolor la suscita en alto grado. No nos referimos por cierto á esos contratiempos comunes en la vida, manifestados en quejas rimadas por los que creen que la forma del verso disculpa la cobardía del carácter; admirámos sí, la grandeza de esa lucha librada por los Prometeos del génio contra las inclemencias de la desgracia, y los seguimos anhelantes hasta verlos desaparecer en el abismo por la desesperacion, como Espronceda, ó elevarse al cielo resignados y purificados, como Lamartine.

Si aplicáramos estas consideraciones al estudio de algunos poetas argentinos, descubriríamos en ellos rasgos muy semejantes, si bien modificados por la sociedad en que vivieron; no es difícil por otra parte, encontrar hombres que, sin intencion de imitar, sigan senda igual á la de sus predecesores, puesto que cada situacion del espíritu tiene su ley. Por ahora, estudiamos una alma á través de sus producciones.

La religion, el amor y el patriotismo han inspirado al Sr. Mendez elocuentes estrofas. Nada mas natural que buscar el auxilio del Ser Supremo cuando el espíritu se siente atribulado en la lucha de la vida. Cada hombre se sostiene en la medida de sus fuerzas; raro el que no necesita de un resorte para retenerlas; la comunicacion mental y desinteresada entre el hombre y el objeto de su creencia es el manantial de la esperanza y del consuelo. Comprende-

demos, pues, la sublimidad de estos versos:

No es este el canto, el eco de la ola
Que azota el huracan de la desgracia,
Y que envuelta en la espuma de la ira
Contra los muros de mi pecho brama;
Es éste canto,
¡Dios de mi alma!

La mas tierna espresion del sentimiento
En la flor del recuerdo perfumada.

Mendez, como la mayor parte de nuestros poetas, entrelaza sus sentimientos individuales á la naturaleza. El poeta ha gozado á la sombra de los bosques de acacias sin saber mas penas—

Que las que cuenta en su murmullo el rio
Ni mas dolor que el espesar parecen
Con su estremada palidez los lirios,

Y al abandonar esos sitios donde vive la ventura, arrebatado en brazos de la desgracia, su pena es tanto mas intensa, cuanto mas profundo fué su gozar. Palidece su fé—

Ese sol que ilumina la conciencia
Difundiendo su luz en lo infinito
Y que esparce el calor de la esperanza
En el frio rincon del desvalido.

Estos conceptos espresa en su canto á Buenos Aires, en cuyo seno cree haber encontrado alivio y por eso esclama:

Pero un soplo tan puro y perfumado
Que parece de un ángel el suspiro
Viene á encender del astro agonizante
En mi existencia los fulgores vividos
En ese templo
Casi derruido

Hoy las dulces plegarias del consuelo
Vuelven á alzarse con acentos místicos.

El canto á *Guaqueyaychú* armoniza la tristeza que infunde en el alma ver el seno de la patria desgarrado por la guerra civil, con la indignación que inspiran los caudillos causantes de esos males. Así, el acento de la elegía se eleva sobre estos versos:

Dicen que están sin flores tus jardines
Solitarias tus calles y tus plazas:
Que pareces un templo abandonado
Sin luces, sin incienso y sin plegarias;

Y el grito de la imprecacion estalla en estos otros:

¡Oh! como late el corazón de ira!
¡Como se agita de dolor el alma
Cuando se escucha tu funesta historia
Mártir y apóstol de una idea santa!

Hasta aquí hemos podido entretener en nuestras ligeras apreciaciones los pensamientos de las poesías que nos ocupan: nuestra observación ha sido guiada por esas radiaciones del sentimiento hasta descubrir su foco en el corazón mismo del autor. En adelante, seguir el mismo camino, sería una tarea difícil, y tal vez indiscreta. Las poesías *Así es mi amor*, *Juramento*, *Mi alma*, *Loco de amor*, *La mujer que adoro*, etc. revelan que los poetas nunca se contentaron con una sola musa, circunstancia que bien se podía incluir en el número de las licencias poéticas. Podríamos ocuparnos de las formas de algunas composiciones del Sr. Mendez; pero no se concilia con nuestro carácter señalar defectos; por otra parte, algún amigo sincero é inteligente, de los muchos que rodean al distinguido poeta, podrá decirle al oído lo que juzgue digno de censura. Por lo demás, sobre las imperfecciones de detalle, brillará siempre el ingenio poético y el sentimiento esquisito que campea en todas las producciones del poeta Entrerriano, D. Gervasio Mendez.

GREGORIO URIARTE.

ELLA

Á MI MADRE

Tú la conoces, madre; cuando niño
En tu regazo amante reclinaba,
Tu maternal cariño
De mi alma los secretos sorprendia
Mientras en dulce sueño reposaba,
Y por mi lábio amante,
Vagaba tremulante,
El dulce nombre de la amada mia.
Ya entónces, madre santa,
A ese ángel inocente
De azules ojos y nevada frente,
Con la inocencia de la infancia a naba,
Y el alma mia
Aquel amor y el tuyo compartia.
Hoy... si la vieras, madre...

¡Qué bella está, y qué hermosa!
 Del tiempo los rigores,
 La faz no marchitaron que á la rosa
 Arrebató los pálidos colores;
 Ni su frente serena.
 Llegó á empañar de una escondida pena
 El ponzoñoso aliento;
 Ni su mágica voz, su dulce acento
 Perdió el timbre armonioso,
 Que vibrando constante en mis oídos
 Paréceme escuchar con grato anhelo,
 En lánguido concento,
 Perdidas armonías de los cielos
 Que en voluptuosos giros trae el viento.
 La que fuera en un día
 El ángel de mis sueños,
 La sola aspiración del alma mía;
 Es hoy la cariñosa compañera
 Que me fijó el destino,
 Para sembrar de flores mi camino;
 Y en compartir se afana,
 Con mis días de plácido contento,
 Los momentos fugaces
 Que á la mente devora
 El gusano roedor de abatimiento.
 Su amor que fué la fuente
 Donde el raudal de inspiración bebía,
 Hoy presta á mi alma ardiente
 Su mas pura y sublime poesía.
 Ella es mi luz, mi gloria, mi ventura
 Mi único bien, mi encanto, mi tesoro,
 Y siempre el ángel puro
 De azules ojos y cabellos de oro,
 Que en mis sueños de niño
 Veía en lontananza,
 Cual celeste visión de la esperanza.

Soy, madre, tan feliz, que no cambiara
 De mi presente hermoso y lisonjero
 Un momento tan solo
 Por el oro que encierra el orbe entero.
 ¡Cuán feliz también fueras,
 Querida madre mía,
 Si un instante tan solo ver pudieras
 De tu hijo el bienestar y la alegría!

En medio á mi ventura
 Jamás mi corazón tu amor olvida,
 Y vaga siempre por el lábio mío
 Una expresión de amor y de ternura.
 O una oración por ti, madre querida.

ESTANISLAO PEREZ.

Montevideo, 1876.

EN FAMILIA

VII.

EL PRIMER PANTALON

El gran deseo del niño es ser hombre. Ahora bien; el primer síntoma de la virilidad, el primer paso serio dado en la vida se marca por el uso del pantalón.

El primer pantalón es un acontecimiento que el papá desca y la mamá teme. Parece á esta que es un principio de abandono. Mira con los ojos humedecidos el primer vestido desechado para siempre, y piensa: «La primera infancia ha concluido. Mi papel va á terminar muy pronto. El va á tener nuevos gustos, nuevos deseos; ya no es yo misma; su personalidad aparece; es alguien; es un chico.»

El padre, al contrario, está encantado. Se rie viendo las pantorrillas que salen del pantalón, toca aquel cuerpecito, cuyos contornos se dibujan perfectamente bajo el nuevo traje, y se dice: «¡Que bien formado es! Tendrá como yo los hombros sólidos y los riñones fuertes. ¡Con qué fuerza descansan sus pies en el suelo!...» Quisiera verle ya con botas. A poco más, le compraría espuelas. Comienza á verse á sí mismo en aquel ser que proviene de él; le mira de un modo diferente y por primera vez experimenta un placer extraordinario diciéndolo: «Mi chico.»

En cuanto al niño, está ébrio, glorioso, triunfante, aunque le estorban un poco los brazos y las piernas, y sea dicho sin ánimo de ofenderle, tiene alguna semejanza con esos perrillos á los que se esquila cuando se acerca el verano. Lo que molesta bastante al hombrecito es su pasado.—¡Cuántos hombres formales experimentan el mismo inconveniente! —Comprende que el pantalón obliga, que necesita nuevos ademanes, nuevos gestos, nuevo timbre de voz; comienza á observar con el rabillo del ojo los movimientos de su padre que no le disgustan, ensaya torpemente un gesto masculino y esta lucha entre su pasado y su presente le da durante algún tiempo el aspecto mas cómico del mundo. Su falda le persigue y verdaderamente le exaspera.

¡Primer pantalón querido! Yo te amo, porque eres un amigo fiel que encuentro á cada paso en la vida con tu cortejo de dulces sensaciones. ¿No eres tu la imagen viva de la nueva ilusión que acaricia nuestra vanidad? El oficial que mide aun sus bigotes al espejo y acaba de ponerse por primera vez sus insignias, ¡qué experimenta cuando al bajar la escalera de su casa oye sonar la vaina del sable en los escalones, cuando le saluda por primera vez un soldado en la calle, y cuando ve reflejarse su

uniforme nuevo y reluciente en los escarlates de las tiendas? ¿A que ninguno se atreve á decir que no se ha mirado en los escarlates?

¡Primer pantalon, mi alféres!

Aun volverás á encontrarlo cuando asciendas á capitan y cuando seas condecorado. Y cuando tengas el bigote gris y elijas para rejuvenecerte una linda jóven por compañera... otra vez el primer pantalon; pero entónces ella te ayudará á llevarlo.

¡Y pobre de tí el día que no te acuerdes del primer pantalon! Porque la vida entera se resume en esta prenda querida: ponerse el primer pantalon, quitárselo, volvérselo á poner y morir mirándole.

¿Es cierto que la mayor parte de nuestras alegrías no tienen causa más seria que las de los niños? ¿Somos tan cándidos? Si por cierto. Nunca nos desembarazamos completamente de nuestros pañales. En cada uno de nosotros hay un niño, ó por mejor decir, no somos más que niños grandes.

Veid el jóven abogado que se pasea á largos pasos por los corredores de la audiencia. Está recién afeitado, y bajo los pliegues de su toga flameante esconde una montaña de papeles, ensaya delante de los cristales el modo de ponerse el birrete. Va á informar por primera vez y es feliz. Podeis estar seguros de que no se desquilará mas que para comer. ¡Cuanta dicha hay en esos cinco metros de seda negra!

¡El primer pantalon!

Y vos, señora, ¿qué placer no encontrais á la entrada de las estaciones con los goces que proporciona el traje nuevo? ¿Por qué os ha parecido tan elocuente, tan persuasivo, el sermón del padre Pablo? Por qué habeis vertido lágrimas de enternecimiento y al llegar a casa habeis abrazado á vuestro marido? Ya lo sabeis. Porque el sombrerito azul que habeis estrenado es precioso y os sienta admirablemente. Estas impresiones no se explican, pero son invencibles. Hay en ellas mucho de niñería, pero son niñerías de que no puede uno verse libre; y en prueba de ello, ¿por qué no os gustó anoche la comedia nueva? Porque la doncella no habia acertado á peinaros á vuestro gusto.

¡El primer pantalon, amiga!

¿Queréis otro ejemplo? Ayer vuestro marido almorzó mal, y salió de casa incomodado, pero á las 7 de la tarde volvió del Congreso, alegre, contento, con la sonrisa en los labios y la satisfacción en los ojos. Os abrazó con cierto... abandono, encontró la comida exquisita y comió con voracidad. ¿Qué tiene mi marido? os preguntais. Voy á decíros. Vuestro marido habló ayer por primera vez en la Cámara. Dijo... (la sesión era agitada, se discutía un asunto interesante) dijo... (en medio del tu-

multo golpeando en su pupitre): «¡No se oye!»

Y como al mismo tiempo resonaban voces de: «¡Bien! ¡Muy bien!», dió á su idea una forma mas parlamentaria, y añadió: «La voz del elocuente orador no llega hasta nosotros.»

Esto no es gran cosa, ni áun con el aditamento, es verdad; pero sin embargo, es un triunfo, porque hace seis años que vuestro marido asiste al Congreso, dejando para el día siguiente decir allí alguna palabra. Veid ahí un diputado feliz, un diputado... que acaba de estrenar su primer pantalon.

¿Qué importa que la causa sea fútil ó seria, si la sangre circula más de prisa, si uno está más contento y orgulloso de sí mismo? Alcanzar una gran victoria ó llevar un sombrero nuevo, poco importa, si el sombrero causa la misma alegría que una corona de laurel.

Por lo tanto, no os burleis del niño si su primer pantalon le desvanece; si cuando lo lleva, su sombra le parece mayor y los árholes más pequeños. Es que empieza su oficio de hombre.

¿Cuántas cosas no han sido objeto de vanidad desde que el mundo es mundo? Se ha envaneado de su nariz la gente en tiempo del rey caballero; de su peluca en el gran siglo, y más tarde de su apetito y de su abdomen. Se envanece uno de su mujer, de su pereza, de su ingenio, de su necedad, de su barba, de su corbata... y hasta de su calva.

VIII.

¡TENDRIA CUARENTA AÑOS!

Cuando uno ha visto nacer á su hijo, ha seguido sus primeros pasos en la vida, le ha visto sonreír y llorar, le ha oído llamarle *papaito*, tendiéndole los brazos, cree conocer todas las emociones paternas, y como harto de los goces diarios que toca, piensa en los del día siguiente; se corre hácia adelante, se registra el porvenir, se tiene impaciencia y se devora el presente á grandes tragos, en lugar de saborearlo gota á gota. Pero basta una enfermedad del niño para que se vuelva á la razon.

Para sentir el poder de los lazos que os ligan á él es necesario tener miedo de verlos romperse; para saber que un río es profundo se necesita verse próximo á ahogarse en él.

Recordad aquella mañana que habiendo levantado la colgadura de su cama visteis sobre la almohada su rostro blanco y macilento. Sus ojos, rodeados de tintas azules, estaban medio cerrados. Su mirada parecia ocultarse tras un velo: os vió sin sonreír. Le disteis los buenos dias y no contestó. Su fisonomía no expresaba más que abatimiento y debilidad; ya no era vuestro hijo. Lanzó una especie de suspiro, y sus pupilas se cerraron. Cogisteis

sus manos largas y transparentes, con uñas decoloridas: estaban calientes y húmedas; se las besásteis, y ni un estremecimiento respondió al contacto de vuestros labios.

Entonces os volvisteis. Vuestra mujer estaba llorando.

En aquel momento os estremecisteis y se apoderó de vosotros la idea de una desgracia posible. A cada momento os acercábais a la camita, levantábais la colgadura, esperando que habríais visto mal ó que se habría operado un milagro, pero os apartábais de prisa con las lágrimas en los ojos; y sin embargo, aún tratábais de sonreír para hacerle sonreír á él; queríais despertar sus deseos, pero nada; él permanecía inmóvil, sin volverse, indiferente á vuestras palabras, extraño á todo hasta á sí mismo.

¿Y qué se necesita para extenuar á aquel ser hasta ese punto? Sólo algunas horas. ¿Qué se necesitaría para acabar con él? Cinco minutos.

Se sabe que la vida es efímera en aquel cuerpo tan débil, tan poco apto para el dolor. Se piensa que la existencia es un soplo, y se dice:

—¡Si éste fuera el último!...

Antes se quejaba: ya no se queja. Parece que algo le rodea, le arrastra, le arranca á vuestros brazos. Entonces os acercáis á él, y le oprimís casi involuntariamente, como para darle un poco de vuestra vida. Su lecho está humedecido por el sudor de la fiebre. Sus narices se dilatan y su boca se entreabre.

Vuestra mano busca sus piernecitas, y no os atreveis á tocar su pecho, que tantas veces habéis besado, por miedo á encontrar esa demarcación horrible que presentís, pero cuyo contacto os haría estremecer.

Y luego habéis escuchado un quejido más profundo, que parecería un grito. Habéis acudido: su rostro estaba contraído, y os miraba con ojos que ya no veían...

Y todo entró en calma, inmovilidad y silencio, mientras sus mejillas se volvían amarillentas y transparentes como el ámbar.

El recuerdo de este momento dura toda la vida en el corazón de los que han amado: y hasta en la vejez, cuando el tiempo ha borrado los dolores, cuando otras alegrías y otras penas han llenado los días, se recuerda el lecho del agonizante. Todo aquello se tiene presente y se ve en los ratos de soledad y meditación.

¿No es verdad, abuelita, que estos recuerdos se os presentan amenudo? Aún derramáis una lágrima, murmurando: «¡Tendría cuarenta años!»

No hay anciana que no guarde en el fondo de su armario de espejo, detrás de sus joyas, al lado de paquetes de cartas amarillentas cuyo contenido no queremos adivinar, un museo de

santas reliquias: los zapatos que llevaba el último día que salió á paseo, dos ó tres juguetes rotos, un pañolito, una rama de hojas secas, mil pequeñeses que son un mundo, que son las migajas de su corazón destruido.

¡Pobre padre el que pierde á su hijo!

¡Pobre abuelita la que ya no abrazará más á su nieto!

¡Cuántas ilusiones desvanecidas!

Todos los sueños de porvenir y de gloria, todas las esperanzas, desaparecen en un momento.

No hay reflexión que baste á consolar á los que sufren esta pena.

Decid á un padre, el más desgraciado, que su hijo muriendo se ha librado de todas las penalidades de la vida, que se ahorra los mil disgustos que le esperaban en ella, que ha huido al cielo con los ángeles... todas esas frases más ó menos sensatas y más ó menos poéticas que los hombres han inventado para consolar los grandes dolores.

Le veréis mover la cabeza y enjugar una lágrima, sin contestar una palabra.

Aquel silencio quiere decir:

—No; yo le hubiera evitado todas las penas; él hubiera sido feliz á mi lado, y yo me tendría por dichoso si pudiera sacrificarme por proporcionarle un solo momento de alegría

GUSTAVO DROZ.

(Concluirá.)

DESAMPARO

Ayer besaba la frente
De mi madre cariñosa:
Hoy beso el helado mármol
De la tumba en que reposa.

Ven conmigo huerfanita,
Somos las dos desgraciadas;
Ven conmigo, lloraremos
Nuestro infortunio abrazadas.

—
Mi vida se deslizaba
Ayer tranquila y serena,
Hoy, cuán distinta, Dios mío!
Es una mar turbulenta!

—
Las flores del jardincito
Están hoy todas marchitas,
Ya no las riega mi madre...
¡Las riego yo con mis lágrimas!

—
¡Oh! madrecita del alma!
Estoy muy triste sin ti;

Desde que tú te alejaste
La paz se ausentó de mí.

Yo sueño todas las noches
¡Oh! madre del alma mía!
Que descendes de los Cielos
A ver el llanto de tu hija.

El árbol de mis amores
Ayer crecía lozano;
Los vientos del desengaño
Hoy todo lo han deshojado.

Amor que nace en la cuna
No muere nunca, jamás...
Vá mas allá de la tumba,
Vá hasta la Eternidad.

Dime sincero que me amas,
No me mates con la duda,
Que es mi vida sin tu amor
Como una noche sin luna.

Yo te daré los cantares
Que vibran en la arpa mía,
Yo te daré, dulce amigo,
Todo, todo, hasta mi vida.

BENJAMINA del S...

Buenos Aires, Diciembre 20 de 1876.

EN CAUQUENES

(A MI ESPOSO)

Ya empieza á ocultarse el sol
Reteniendo de arrebol
El azul del firmamento;
La brisa mece las flores
Murmurando sus amores
Con apasionado acento.

Ya espira la última lumbre,
Pero antes la altiva cumbre
De púrpura y carmin viste;
El ave entona cantares
Que mitigan los pesares
Del alma que flora triste.

Raudo el Cachapoal saltando
Se vá mil flores llevando
En su espumosa corriente;

Y la mariposa inquieta
Del clavel á la violeta
Vuela esquiva y reluciente.

La golondrina cansada,
Talvez por larga jornada,
Lentamente vuelve al nido,
Donde la espera anhelante,
Con el pecho palpitante
Su pequeñuelo querido.

¿No es verdad, esposo amado,
Que este es un cuadro acabado
De infinita poesía?
¿Qué estos bosques tan frondosos
Y estos prados deliciosos
Llenan tu alma de alegría?

Nuestro pecho se enagena
Y rompemos la cadena
Que á la materia nos ata.
Mi entusiasmo no te asombre...
Siento una emoción sin nombre
Que mi espíritu arrebató.

¿No es verdad que en esta orilla
Todo encanta, todo brilla?
Aqui se gozan mil bienes,
Y con éxtasis divino
Mira el alma el cristalino
Firmamento de Cauquenes.

¡Quién me diera, dueño amado,
Admirar siempre á tu lado
Esta tarde placentera...
Pero ¡oh dolor! en el mundo
La dicha dura un segundo,
Porque es flor... percedera!

HORTENCIA BUSTAMANTE DE BAEZA.

Santiago de Chile, 1876.

LA NOCHE

I

¡Oh noche, bendita seas!

Cuando tus negras sombras pueblan el espacio,
ora tapices el cielo de brillantes estrellas,
ora pardas nubes ruedan por tu manto, mi alma
siente una expansión infinita, se ensancha mi
pecho y torno á la vida que el día me arrebató:
y es, porque los seres que tenemos al cuerpo

lento de recuerdos y marchitas esperanzas, amamos la soledad que tú sola nos prestas, y nos refugiamos en tu seno como en el de una madre cariñosa.

Todo es silencio; vagos rumores, que con el tenue soplo de las brisas se confunden, es lo que apenas interrumpe mi meditación; si el ruiseñor canta ecos tristísimos, notas que parecen lamentos, es lo que de su garganta brota; si el arroyo murmura, gemidos melancólicos semeja con monótono son de su corriente; si mueven sus hojas los árboles, suspiros de dolor parecen sus murmurios.

¿Qué sentimientos mas dulces y delicados hacen nacer en el alma!

La imaginación vuela atrevida, y evocando recuerdos, dando vida á sus mas sublimes concepciones, se aísla, se confunde con tus sombras y mundos se crea donde todo es felicidad: en éxtasis divino arrulla sus sueños que nacen contigo y mueren cuando tú mueres.

II.

Acaba de cruzar por mi imaginación un tristísimo recuerdo, negro como tus sombras, como las de mi alma.

Era la noche del 2 de Noviembre; de ese funebre aniversario de las pasadas generaciones.

Menuda lluvia descendía de las pardas nubes que el cielo entoldaban.

Podría decirse que aquellas gotas de agua eran el llanto que los muertos derramaban por los vivos.

Me encontraba en un cementerio, sentado sobre la rojiza y mojada tierra y con la frente apoyada en una modesta y sencillísima lápida.

En ella se leía un nombre de mujer.

Mis lábios tocaban aquel nombre, y mis lágrimas corrían sobre él confundidas con el agua de las nubes.

Bajo aquella tosca piedra dormía el sueño de la muerte un ángel.

Era ella: la mujer que había despertado mi alma: ella era quien había abierto mi corazón de niño á desconocidas sensaciones; quien había dado vida á mi vida, quien había leído mis sentimientos en mis ojos.

Radiante de hermosura, llena de vida y alegría, yo la había contemplado con cariñoso anhelo sin sospechar siquiera que podía la

muerte arrebatarme mi dicha, mi tesoro, y con él mi felicidad para siempre.

¡Pobre María! si desde el cielo ves mis sufrimientos; si las emociones de mi alma al recordar el día de nuestra eterna separación, suben hasta tí, perdóname que llegare á tu fosa tal vez á interrumpir tu eterno sueño.

Diez y seis primaveras habían pasado rozando con tu frente cuando se rompió el hilo de tu vida: nunca tus labios habían proferido una queja, y sin embargo, cuando por última vez me dijiste «¡adiós!» dos lágrimas silenciosas rodaron por tus mejillas.

¿Porqué llorabas?

Aun estabas radiante de hermosura, aun brillaba la vida en tu rostro y en tus ojos el fuego de la juventud.

¡Pobre ángel! ¿Tal vez presentía tu corazón que aquel «¡adiós!» era el último, que aquella despedida era eterna!

Cuando te volví á ver ya no respirabas; tus ojos estaban cerrados y hundidos; tus mejillas pálidas y místicas: al acercarme á tu cadáver, al arrodillarme á tu lado, me pareció que tus labios se movían, y en mis oídos resonó un apagado y tristísimo «¡adiós!»

No sé lo que después fué de mí, pero ya no te volví á ver mas.

Por eso, la noche del 2 de Noviembre yo velaba tu tumba; por eso entregado á tu recuerdo apoyaba mi frente sobre la lápida que ostentaba tu nombre; por eso, ni sentía las horas que pasaban, ni el agua que bañaba mi cuerpo, el viento que azotaba mi rostro.

La última vez que de tus labios escuché palabras de cariño era de día; cuando tu alma se desprendió de tu cuerpo, el sol alumbraba los espacios: por eso amo á la noche y en su seno me refugio con tus recuerdos y el de mi felicidad.

También el día me despertó sobre tu fosa, y me hizo abandonar la tristísima mansión en que tu cuerpo yace.

Abandoné el cementerio porque el sol, alumbrando las tumbas, arrebató su poesía á la morada de los muertos.

III

La vida de los sueños es la que da mas dulzuras al alma, y tu eres, noche, quien representa esa vida.

Cuando todo calla, cuando el hombre busca el descanso y el mundo duerme, es cuando la fantasía crea, sueña, y el alma vive.

¿Por qué se identifican tanto los seres tristes con la noche? ¿por qué te amo yo tanto, reina de las sombras?

Misteriosos recuerdos, dolorosos arcanos de mi corazón, son las memorias que de ti guardo, y sin embargo yo te adoro: ¿en qué consiste esto?

¡Ah! sí; lo sé; consiste en que cuando todas las esperanzas se han perdido, cuando las ilusiones se han borrado de la vida del hombre, su imaginación pretende reanimar los sentimientos, quiere atraer el pasado al presente.

Triste lenitivo; extraño modo de curar las heridas del alma, pero modo que existe, que yo mismo esperimento y que aprecio sus benéficos resultados.

En tu silenciosas horas nada me interrumpe, nada me impide evocar mis recuerdos y concentrar mi pensamiento en mi pasado, y vivo como entonces vivía, amo como entonces amaba, y me traslado en un todo á aquellos días de mi vida.

En tus vagos rumores; en tus fantásticos murmullos; en tus apagados y melancólicos acentos; en tus negras sombras, en fin, veo retratada mi alma, mi modo de ser, de vivir, de pensar.

Hé aquí porqué te adoro; hé aquí porqué no me canso de repetir «¡oh noche, bendita seas!»

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

1876.

8 DE OCTUBRE

¡Como no he de decir lo que sentía
Esa noche feliz de mis amores!

¡Como no he de cantar con alegría,
Si ese instante de tierna poesía
Triunfó de mis tormentos y dolores!

Si veía destrozada la cadena
Que me unía con fuerza al padecer,
Por aquella, lindísima morena,
Que cantó cual melódica sirena
En el mar agitado de mi ser.

Si otro mundo, mi vista sorprendida,
Entre tanta belleza vislumbró;
Si tu voz melancólica y sentida
Me enseñaba la senda de otra vida
Donde la estrella del placer brilló.

Si ese ángel de ventura y de consuelo
Tendía sobre mi sus blancas alas,
Rasgando del dolor el denso velo,
Para mostrarme un esplendente cielo
Donde lucían sus celestes galas.

.....
Ah! no puedo olvidar ese momento
En que arrobado de placer, sentía
Su delicado y armonioso acento,
Que llevaba á mi espíritu el contento,
La promesa feliz del nuevo día.

E. FERNANDEZ Y ESPIRO.

Buenos Aires, 1876.

A J . . .

Visteis la rosa
Gallarda, ufana,
Bella y galana,
En el pensil!
Sobre su tallo
Mecerse airosa,
Fresca y graciosa,
Noble y gentil?

O en la guirnalda
De alguna diosa,
¡Blanca y hermosa!
Su cuello erguir,
Mirando á todos
Con arrogancia;
Y su fragancia
Dulce esparcir!

Mas, no la envidies
Esa hermosa,
Tu donosura
Mejor se ostenta,
Siendo cual ares
Otra flor bella,
¡Mas linda que élla!
¡De orgullo excenta!

Hija de Siona
Diosa de amores
Que entre las flores
Tu ser te dió;
Sus gracias todas
A tu persona
Y aun su corona
Te concedió!

Por eso temo
¡Bella sultana!
¡Hermosa hermana
De tiernas flores!
Te aclamen reina
Los querubines
Y serafines
De sus amores

Y si pregunto,
¡Niña, perdona!
¡Esa corona...
¡Ten compasion!
La aceptarías
Con toda calma,
¡Partiendo mi alma!
Mi corazón?

V. B.

Buenos Aires, 1876.

A «LA ONDINA DEL PLATA»

(AL NACER EL AÑO DE 1877)

Las notas de mi lira modesta, destemplada,
Caso no transmitan con toda perfección,
Ondina, el testimonio de afecto que te envío,
En el eco que él envuelve de mi alta estimación.
Cesoso, sin embargo, de celebrar tus días
Imploro tu indulgencia, te aclamo con placer;
Nacida entre laureles, tus páginas de gloria
Antorchas son que ostentan mas brillo cada vez.
Alzándose y propagas de la mujer la ciencia
En cambio has conquistado renombre universal:
Las bellas te saludan, y yo me regocijo,
Por ello, y tambien quiero tu gloria celebrar.
Mencíoname no obstante de q' entre los autores
Quienes en la La Ondina se ha visto descolgar.
Dan solo no me quepa el honor de haber llenado
El lado de sus nombres el último lugar.

MANUEL G. CANATA.

PENSAMIENTOS

El corazón de la mujer es para el hombre vulgar y superficial un abismo insondable de contradicciones y caprichos, solo para el hombre de inteligencia y corazón, es un lago apacible y trasparente que le deja ver su fondo, en el que, grabadas por la mano de la Providencia, se leen estas palabras, que simbolizan la vida de la mujer: amor y abnegación.

La desgracia, es un fuego que temple las grandes almas y destruya las pequeñas.

La sinceridad, como el diamante, la reconocemos por la pureza de su brillo.

Se puede definir la virtud, como un caudal de sacrificios y lágrimas que atesoramos en ésta vida, para que nos sea pagado en la otra.

En el Banco donde el gran mundo hace sus pagos en honores y dignidades, solo se aceptan las letras giradas por la Ambición, la Avaricia, y la Audacia; todas las que gira la Virtud, el Saber y la Humildad, se protestan ó se les endosa para la otra vida.

MERCEDES CABELLO DE CARBONERA.

Lima, 1876.

AMOR!

Como ama el marinero á su barquilla,
Como á su dulce lira el trovador,
Como el reo de muerte á la existencia,
Así te adoro yo.

Como el ave al silencio de los bosques,
Como el ciego á los rayos de la luz,
Como el alma al socio de la vida,
Así me adoras tú.

Cual se adoran las brisas y las flores,
Cual se aman la inocencia y el candor,
Con el mayor amor que se conoce
Nos amamos los dos!

RAMON OLIVER.

Buenos Aires, Diciembre 11 de 1876.

ECOS DE LA ONDINA

SUMARIO:—Año nuevo—Fiestas de la Pascua de Navidad—Mis saluciones—Fiesta solemne—La Noche Buena—Animación de la ciudad—La misa del gallo en la Catedral—Pruebas de afecto—Una anécdota—Tertulia en Flores—Baile en el Club de las Lomas—Una nueva poetisa—Fiestas en Quilmes.

¡Un año más! Un nuevo paso en el sendero de la vida—mañana, cuando el sol ilumine con sus rayos de oro y grana el día de año nuevo, todos los pechos exhalarán un suspiro. ¡Otro año! Ah! con que asombrosa rapidez se suceden, pasan, vuelan, cual nube transparente que cruzando ligera la celeste esfera, no nos deja entrever claramente sus aéreas formas!

El tiempo corre y su mano destructora no respeta nada, juventud, belleza, ilusiones, todo nos lo arrebató: troncha de su tallo las puras y hermosas flores de la esperanza, las marchita con su candente aliento.

Un año más, equivale a uno menos!

Al mismo tiempo que apoyamos un pie en una nueva escala de la vida, pisamos el otro; en el pasado.

Pero... dejemos las reflexiones que nos sugiere la pronta carrera del tiempo, que con ello, solo procuraríamos entristecer nuestro espíritu: tendamos el vuelo de nuestro pensamiento hacia otra región mas risueña.

Campo vasto tenemos para ello: las fiestas de la Pascua de Navidad.

Ante de pasar adelante, permitid, amigas lectoras, el que os envíe—aunque anticipándome algunas horas—mis afectuosas saluciones para el nuevo año; juntamente con un cariñoso apretón de manos. ¡Pobre aguinaldo, verdad?... ..

En la noche del Domingo, la iglesia y el pueblo celebraban la conmemoración de la venida al mundo de un Niño inocente y puro, el que siendo un Ser Divino veía la luz primera en la paja de un establo.

¿Quién es aquel que no siente palpar de gozo su corazón, al llegar la Noche Buena?

En todos los pueblos cultos, esta noche y los siguientes días de Pascua, son festejados con verdadera expansión del alma. Hasta los ingleses con su grave seriedad, se hacen joviales y arrojan lejos de sí el espin que los abruma, en las grandiosas fiestas de su *Christmas day*.

Nuestras calles hallábanse llenas de animación, alegres grupos circulaban por todas partes, ¡que alborozo, que algazara!

Aun no se había oído, el alegre tañir de las campanas llamando a la misa del gallo, cuando ya un inmenso tropel, como las olas de un mar revuelto, se lanzaba por las calles; por do quier

resonaban gritos, músicas, lindos coros de voces risueñas y alegres. Los dulces acordes de la guitarra, los mil instrumentos diversos, llenaban los aires de suaves sonidos, que, en ondulaciones vagarosas se perdían a lo lejos.

La Catedral resplandecía de luces, sus ámbitos estaban llenos de armonías, los acentos del magnífico órgano, siempre tan severo y solemne, había abandonado su magestuoso tono, y arancaba modulaciones tan puras y risueñas, que el alma creía escuchar los cantos tiernos y sencillos de los pastores de Belén. En medio de aquel encanto, una mística plegaria murmuraban los labios, y el espíritu se infundió en aquella atmósfera perfumada de incienso, de alegrías celestiales, indefinibles....

La Pascua! cual de vosotras, no espera llena de ansia este fausto día, de infinita alegría, en que los parientes ó galantes amigos, nos envían un delicado recuerdo, como una prueba de su cariño?

Y luego, los bailes, teatros, paseos campesinos, van unos en pos de otros: todo nos convida a gozar momentos de inefable dicha....

Ahora voy a referiros un suceso original que ha tenido lugar en una de estas últimas reuniones, y ¡ojalá! sirviera de provechosa lección a las que con tanta profusión usan postizos.

El caso es, que una bellísima niña tenía una de esas *temporadas* tan usadas en nuestros salones.

Dicha niña había desairado esa noche a otro joven que pretendía haber sido su mas *asíffu*, galán.

En uno de los vertiginosos giros de un waltz, fué a parar á los pies del *ofendido* uno de los negros y lustrosos rizos de la hermosa que lo había despreciado.

Se apoderó prontamente de el y una sonrisa de triunfo se dibujó en sus labios.

¿Que pensaba hacer, que destino daría á aquel rizo, que de tal modo hizo brillar sus ojos de alegría?

Ya lo vereis.

El no bailaba; lo que hacia era confundirse entre las parejas y andar siempre muy próximo á la dueña del rizo.

Habría transcurrido una hora desde el hallazgo cuando se sintió un murmullo en la sala del baile, risas que no trataban de ahogar, y la concurrencia se arremolinó en un mismo sitio, para reír mas y mas.

¿Que era aquello, qué lo que causaba la hilaridad, y la falta de respeto á los dueños de casa, de parte de las personas allí reunidas?

Oh! era que el joven desairado se había vengado de un modo terrible de la niña, la había puesto en ridículo, la había afrentado.

Lo que sucedía era, que los rizos fueron a parar

á la cabeza de su enemigo, y así con ellos puestos á la cara, á modo de baño, se presentó á ella, invitándola de nuevo á bailar.

Ese fué el motivo de la jarana que se oía, pues muchas personas habían notado la falta de los rizos de la jóven, pero creyeron que con motivo del calor se los habría recogido, pero al ver que el jóven iba á sacar la únicamente á ella, cayeron en la cuenta de la desaparición.

La misma niña al verlo prorumpió en risas; ¡cuán ajena estaba de lo que le pasaba!

Pero cual no sería su asombro cuando vio venir hacia ellos, á su hermano, que iracundo, tembloroso, tomaba de un brazo al indigno jóven y le arrojaba en el rostro, la mas terrible ofensa que puede recibir un hombre de honor.

El habia estado notando la falta de los rizos de su hermana, y la insistencia con que la miraba el jóven, luego vio cuando se presentó con ellos puestos y comprendió todo...

¡Dios sabe los resultados que tendrá esto: la lección aunque dolorosa, es provechosa!...

Un amigo me pide la publicación en mi Revista de las siguientes líneas: gustosa accedo á su pedido.

En la linda quinta de la señora de Piaggio, en Flores, ha habido en la noche del 25 una de esas reuniones que por la sencillez y franqueza que reina en ellas les han dado el nombre de caseras.

Los salones arreglados con elegancia, y las niñas allí reunidas, prestaban á aquella mansion tal encanto, que fascinaba.

Los perfumes que llevaba entre sus alas el céfiro llenaban la atmósfera de exquisitas fragancias.

Flores hermosísimas—aun mas que las que en los jardines se columpiaban al leve soplo nocturno—formaban en las salas un delicioso pensil.

—El baile dado el Lunes en el lindo pueblo Lomas de Zamora, estuvo magnifico.

La concurrencia fué numerosa y distinguida. Las señoritas destacaban por su belleza, y la elegancia y primor de sus trajes.

Entre las hechiceras niñas que poblaban los hermosos salones, y que recordamos en este momento, distinguíanse las tres hermanitas Reissig, Lucinda, Sofia y Elisa Mendez, la simpática Isolina Malaver, Claudia é Hipólita Reynoso, y la de Correa.

Esta noche vuelve á abrir sus puertas el Club de las Lomas: es de esperarse que esté espléndido, pues muchísimas niñas de la ciudad, se preparan á gozar de tan agradables momentos.

—Un nuevo astro, acaba de asomar su luminosa faz en el puro y diáfano cielo de las musas:—Grata sorpresa he experimentado, al leer en un diario de esta ciudad el suelto que vá en seguida,

Al transcribir dicho diario, el hermoso «Canto á la Servia» publicado en el número 51 de esta publicación, rasga el velo que encubría á su autora.

He aquí el suelto á que me refiero—

«Una jóven de 17 años, de humilde condición, nacida en Buenos Aires, es la autora de los versos que insertamos con el título «Canto á la Servia.»

No ha estado en colegio, su educación se la debe á sí misma.

Lee cuanto encuentra, la madre le dá cuanto gana para libros. Su índole es modesta. Es de allí donde ha salido ese «Canto á la Servia», que revela instrucción, talento natural y dotes especialísimas de un espíritu superior.

Su autora envió esa producción á un periódico literario (*La Ondina*), bajo el pseudónimo de *Everardo*.

Everardo es la Sta. Ida Edelmira Rodríguez.

Después de estas líneas, que nos la descubren, nos creemos en el deber de enviar á la viril é inspirada cantora, nuestra humilde palabrada estímulo, para que siga cultivando la poesía con tanto sentimiento como en el precioso «Canto á la Servia.»

¡Que nos brinde con las perfumadas flores de su alma poética, y los brillantes fulgores de su inteligencia, que luego le brindara la gloria inmortal renombre!

En extremo animadas han estado las fiestas en Quilmes.

Ha llamado mucho la atención la Misa del gallo que fué cantada por los niños del Colegio.

El Lunes, hubo un espléndido baile en el salón Municipal: fué un galante obsequio que hizo al vecindario el Sr. Amoedo.

Por falta de espacio no hacemos una crónica extensa de dicha fiesta.

ADELFA.

REVISTA GENERAL

SUMARIO:—Descripción del figurín—Segundo tomo—Album Poético—Dos periódicos literarios—Sensible pérdida—Nuevo traje—Suscriptores.

He aquí la descripción del figurín que acompaña á este número.

Traje de etiqueta.—1º. Vestido de faya negra.—Pollera de media cola, rodeada de un volado mas alto por detras que delante, así arriba del volado lleva un gran buche, cuyo bajo es guarnecido de un plegado, y la cabeza de un buche y pestaña forrada de azul.—Túnica cortada por detras en olas, y recogida arriba por una banda guarnecida de encaje azul y flecos punzó caracol. Las orillas de la banda reunidas sobre el costado, forman un bolsillo plegado en abanico. Uno de los tablones cae en seguida derecho y formando cuadro bajo el

bolso, con hojas de cinta negra. Coraza de cinco costuras en la espalda, adornada en la orilla por vivos azules y punsós. En contorno del cuello, un encaje y flecos; en la parte baja de las mangas, una grande y doble hola con nudos de cinta punsó y encaje azul.—Encaje blanco en las orillas.—Gorra de falta azul marino; copa flexible, aldeana y pasamieria—Stuard, guarnecida de una vuelta de plumas azul pálido. Rosas punsós arriba y detras; barbijos de blonda blanca inglesa.

2º. Vestido de gró bordado habana muy claro y faya de matiz mas oscuro.—Pollera de cola, guarnecida toda en contorno de dos volados plegados muy fino y colocados uno, sobre otro; el de arriba es ribeteado de faya oscura. Un buche y dos pestañas tableadas y ribeteadas igualmente, van mas arriba de los volados. Dos bandas, adornadas de flecos, sobrepuestas y formando el delantal por delante. lo llevan por detras sobre la túnica, donde se entrecruzan.—La coraza está adornada arriba y abajo de un volado, compuesto de pequeñas lengüetas de faya y combinados con los dos colores del traje. Sobre el adorno de las mangas vá un nudo de cinta.—Encaje liso.—Sombrero de fieltro blanco, género Maria Amelia. Un nudo alsaciano adorna la copa; una pluma un poco mas clara es colocada por detras.—Corona de inmortales, de muchos colores; barbijo de cintas habana.

Con el presente número termina el segundo tomo de este periódico.

Próximamente se repartirá el Indice General de los artículos y composiciones que contiene.

El *Alóum Poético* ofrecido de prima á las suscriptoras de todo el año, se encuentra ya imprimiéndose.

En Enero verá la luz pública.

En esta semana hemos recibido dos periódicos literarios de Montevideo, amenos é interesantes como pocos.

Titúlase *El Pensamiento* y *El negro Timoteo*.

El primero es redactado por jóvenes estudiantes y el segundo por un escritor distinguido, que descuella como critico en la prensa americana.

Acceptamos el canje que se nos pide y retribuimos sus salutationes de simpatia.

La indole de *El negro* se refleja en estos galantes versitos que dirige á *La Ondina*:

Si la *Ondina* no se asusta
De recibir á un moreno,
Sino se le muestra adusta,
Y halla que el *negrito* es bueno,
Si acaso su charla gusta:

Espero que la divina
Habitadora del Plata
Visitará mi oficina;
Vamos, no ha de ser ingrata
Con *Timoteo la Ondina*.

Nuestra sociedad se encuentra de duelo: acaba de extinguirse la luz de la existencia de una de sus mas distinguidas matronas. La señora de Mitre, dama tan respetable, como querida, ya no existe.

La tumba ha recibido en su mármoreo seno, sus despojos mortales; pero el espíritu que le animara ha remontado su vuelo, sereno y tranquilo, á la region infinita.

Sus hijos lloran la pérdida de la madre que ríe, y la sociedad á una mujer, dechado de virtudes.

El pueblo todo, ha demostrado su profundo pesar el dia en que fueron conducidos sus restos al cementerio. Hombres de todos colores políticos, acompañaron á los ilustre hermanos Mitre en su sentimiento, vando con ellos á la última morada de la que fué su madre cariñosa.

¡Paz en su tumba! que Dios envíe consuelo á su desolado familia!

En el número entrante *La Ondina* estrenará traje nuevo.

Su imprenta ha recibido de Inglaterra un buen surtido de tipos.

A continuacion insertamos los nombres de nuestros nuevos favorecedores.

Ausenda Maria	
Aide Espeche	
Besallú Dolores	
Cirio Emilio	
Eggers Carlota	
Gorostiaga Jorge	
Solis Elena	
Sorondo Angel	
Ibarra Geronimo	(San Fernando)
Seura Mercedes P. de	"
Lopez Manuel	"
Marana Felipe	"
Segui Demetrio	"
Torres José R.	"
Zubiria Francisco	"
Santos Señoritas de	"
Oneto Maria	"
Barreda Isabel	"
Verdaguer Elena	"
Lima Ireneo	"
Acosta Jacinta D. de	"
N. Aurora	"

INDICE.

- A., M. de*—Quién lo diría (poesía), pág. 390.
A.—Notables exámenes, 626.
Aben-Goar—Gordas y flacas, 477.
Adelfa—La violeta, 91—Ecos de *La Ondina*, 119, 140, 166, 203, 225, 249, 273, 297, 322, 346, 375, 405, 431, 488, 561, 598.—Una noche de baile, 357—Impresiones de una tertulia, 536—Poesías de Gervasio Méndez, 565—Al declinar la tarde, 582.
Airam—Fisiología de la mano de la mujer, 628.
Alarcon, Pedro Antonio de—El vestido largo (poesía), 510.
Alamparte, Justo Artega—Mujeres y flores, 104.
Almanzor—Sin nombre, 37.—Caridad!, 177.—*Maria*!, 199—Amor del alma, 306—Fiestas en Mercedes, 474—Sueños, 521—Carta íntima, 601.
Andersen, H. C.—Historia de una madre, 210, 320.
Andrade, Augustina (Tórtola)—La patria (poesía) 471. Dejádme en paz (poesía), 495—A Silvia Fernandez (poesía), 518—Vision (poesía), 554.
Andrade, Olegari V.—La mujer (poesía), 531.
Anónimos—Del gusto en el vestir, 561—Un baile en el Club de Flores, 80—Violeta, 185—Hombre dichoso, 390—La servilleta, 554.—Enferma (poesía), 406—A una nube (poesía), 596.
Aurora—El beso, 137.
Autran, P. J.—El pollo *comme il faut*, 45.
Azuena—Bailes de Carnaval, 117—Modas y actualidades, 369, 406, 411—Teatros y conciertos, 394.
Baeza, Hortencia Bustamante de—A la felicidad (poesía), 91—A las Señoritas Argentinas que escriben en *La Ondina del Plata* (poesía), 411—La hermana de caridad (poesía), 606.
Barrera, Pedro María—Melodía (poesía), 219.
Bassanville, Condesa de—Guía de las madres de familia, 17.
Bequer, Gustavo Adolfo—Rimas, 214, 230, 248, 258—Pensamientos, 510—Las hojas secas, 549.
Becchi, Constantino—Al poeta enfermo G. Méndez (poesía), 591.
Belgrano, Carlos Vega—Recuerdos de Tucuman, 569.
Belisa—La flor de las Nieves, 429.
Bello, Emilio—La romántica (poesía), 56.
Bender, M. J.—El paraíso perdido, 441, 452—La vida es sueño, 512.
Bidma, Putrocino de—A un pollo muy romántico (poesía), 358—Cartas de España, 321, 567—Libertad (poesía), 438—La guerra y la caridad (poesía), 458.
Blanco, Roman—¿Quién lo supiera? (poesía), 399.
Buendia, Adriana—A una joven amiga (poesía), 44—A mi lira (poesía), 50—Madrigal (poesía), 210—Amor de madre (poesía), 202—Lluvia de perlas (poesía), 508.
C.—Augusto Ballerini, 435—Bellas Artes: Reinaldo Giudici, 571.
Cané Miguel—Jorge Travel (Fantasía), 401, 424.
Calcaño, José A.—Un niño á su madre (poesía), 114—El cirio y la abeja (poesía), 202—La cadena y el laud (poesía), 357.
Calderon, Andrónica—La familia, 27—A las madres de familia, 133, 205, 327.
Calzada, Rafael—A M... (poesía), 621.
Camacho, Juan Vicente—A mi hijita de cinco años (poesía), 75—La hora de la desgracia, 486.
Capac, Manco—Porque me duelo el alma (poesía), 583—Amor oculto (poesía), 537.
Carbonera, Mercedes Cabello de—La lectura, 85—Influencia de la mujer en la civilización, 109, 121, 145.
Caula, Renigio—La madre ciega (poesía), 346.
Cerda, Emilio de la—Es un padrastro, 184.
Claro, Amelia Solar de—Al niño Jesús (poesía), 67—Recuerdos (poesía), 74—A mi querido José

Luis, en sus días (poesía), 92—Dolores: ¿que soy? ¿De donde vengo? ¿A donde voy? (poesía), 100—Un año más!... (poesía), 111—Ruego (poesía), 254—Al invierno (poesía), 270—Amor de madre (poesía), 293—A mi hijo Luis (poesía), 522—A ella (poesía), 552—A mi esposo ausente (poesía), 594.

Coronado, Martín—A una niña (poesía), 40—Diálogo inmortal (poesía), 98—Las enredaderas (poesía), 174—Bajo los molles (poesía), 218—La hoja y la flor (poesía), 266—Su nombre (poesía), 290—Sol poniente (poesía), 341—Mis sueños (poesía), 413—Poesías de Silvia Fernandez, 535.

Cortez, D.—Rosario Orrego de Uribe, 621.

Cruz, Pedro N.—El juego de prendas, 460.

Chacon, Jacinto—El verano (poesía), 152.

Chaneton, Facundo—Ven! (poesía), 401.

Chans, Manuel C.—¡Muerta! (poesía), 356—Un ideal (poesía), 415—Tristeza (poesía), 524.

Cheix, Isabel—La estrella de la tarde (poesía), 198.

D.—Amor puro, 437—La esperanza, 509.

D., J.—Al poeta G. Mendez (poesía), 616.

Daudet, Alfonso—El espejo, 596.

Dávalos, Ricardo—Las Dolores, 378.

Deus, Luis F.—Mi amada (poesía), 22—El duelo, 29—A el ángel de mis sueños (poesía), 104—Amor de madre, 126—Recuerdos de la infancia (poesía), 284—Tú y yo (poesía) 333—El expósito (poesía), 366—A un ramo marchito (poesía), 450—A la memoria de la Sta. Andronica Calderon (poesía), 487—Rimas, 600.

Dorila—A ro-ró (poesía), 507.

Droz, Gustavo—En familia: Mi primer hijo, 557; El día de año nuevo, 572; Cartas de una madre, 579; Recuerdos-Los niños, 592; Las botitas, 604; Niños y papás, 613.

E., A.—¡No vuelven! (poesía), 618.

E., J.—Recuerdos (poesía), 390.

Echenique, Maria Eugenia—La palabra escrita, 4—Necesidades de la mujer argentina, 25—Los paseos al campo, 41—Pincladas, 217—Prodigio en la entrada de la imagen de Nieva en Córdoba, 303—La emancipación de la mujer, 318, 385, 409, 481, 493.

Eléspuro, Juana M. Laso de—Reir en vez de llorar (poesía), 147.

Ejo—El hombre ocupado ó un ente como hay muchos, 483.

Elia, Agustín P. de—En un paseo (poesía), 551.

Elío, Luis—Impresiones de una lectura, 169—Sonrisas y lágrimas, 196—¿Nacionalismo? ¿Americanismo? Ni uno ni otro, 277, 289, 301, 313.

Escanaverino, Úrsula G. de—Dolores: que soy? ¿De donde vengo? ¿A donde voy? (poesía) 8.

Enriquez, Trinidad M.—Discurso pronunciado en

la Universidad del Cuzco, 54, 61.

Fernandez, Silvia—*** (poesía), 244—A una estrella (poesía), 268—A la memoria de Silvia Oliveira Cezar (poesía), 305—A Maria (poesía), 315—Las nubes del estío (poesía), 327—La flor del aire (poesía), 339—La fé (poesía), 353—La canción de Maria (poesía), 362—A un huero (poesía), 374—A... (poesía), 387—¿Qué importa! (poesía), 398—Pasión de niña (poesía), 423—Ayer y hoy (poesía), 441—La ilusión (poesía), 474—A una ave (poesía), 546—Las dos nubes (poesía), 571—Moribunda (poesía), 603.

Fernandez, S. R.—Horas tristes (poesía) 404.

Fernandez y Espiro, Ernesto—Pensamientos (poesía), 479—A mi amigo, el poeta Gervasio Mendez (poesía), 512—Sus ojos (poesía), 578.

Ferriol, Domingo—Año nuevo! (poesía), 3.

Figarillo—Doña Rita Material, 400.

Flores, R. A.—Celia (poesía), 89.

Freire de Jaime, Carolina—Muerta para el mundo 210.

Fulano de Tal—Diálogo sobre la moda, 197.

Gallegos, Ventura—Memorias de unruiseñor, 130, 139.

Garzon, Tobias—El pica-flor (poesía), 563—¿Que dulce es! (poesía), 572.

Godoy, Rodolfo G.—La flor del aire (poesía), 329.

Gonzaga Iza, Luis—La coqueta (poesía), 159.

Gordon, Eduardo G.—El ocaso (poesía), 478.

Guimánes Junior, Luis—Reputaciones de cinco minutos, 280—Las mujeres feas, 546.

Gutierrez, Ricardo—Estrella (poesía), 308—La victoria (poesía), 455—La redención del Paraguay (poesía), 598.

Hermínia: Cartas á una amiga: El traje largo, 223—Nuestra poesía, 244.

Hidalgo Cortina, Manuel—Al hinojo (poesía), 527—Pensamientos (poesía), 528.

Hollenberg, Eduardo L.—Insomnio, 74—Elruiseñor y el artista, 291, 315, 330—Una fiesta á beneficio de las familias pobres, 416, 426.

F., W. A.—La virtud premiada (Idilio de Gesner), 207—La tempestad (Idilio de Gesner), 232.

J., H.—A mi hermana (poesía), 606.

Jesús, Sor Teresa de—Las campanas del Convento, 77, 101—Educación del hogar, 150—Delirios del alma, 209—Las dos almas, 269—La moda, 278—Emancipación de la mujer, 308—Mariposas y flores, 375—Sueños y esperanzas, 523—Tús lígri-mas, 608.

L.—Glosa (poesía), 525.

L. de C.—Los celos, 618.

Lagos, Máxima Delia—Amor del alma, 90, Recuerdos, 331—Creencias religiosas, 397.

Lamarque, José—El hijo muerto (poesía), 450.

Lamberti, Antonino—¡Muerto! (poesía), 341.

Larrasa, Lola—Martirios ignorados, 295—Después de un baile, 341—¿Qué se necesita para ser feliz?, 353—Al dulce poeta Salvador Mário, 381—La mujer en el hogar, 464.

Lopez, José Francisco—La música y sus encantos, 260.

Lopuente, L.—El estudiante (poesía), 334.

Lupiente, Laurindo—En un Album (poesía), 356.

Lenzi, Lola—El toque de oración (poesía), 242.

Levallés, Julio—María Deraisme: Oradora y literata, 337.

Lopez Suarez, Ignacio—Educación de la mujer, 175.

Locano, Abigail—La música (poesía), 19—Un recuerdo de Puerto-Cabello (poesía), 31.

M., D. del—La mujer y la poesía, 277.

M., C. M.—La lectura, 136.

Macrae, David—Las mujeres Norte-Americanas, 532.

Mantegazza, Pablo—La poesía, 544.

Márió, Salvador—¡Vaya un amor! (poesía), 230—Orgullo (poesía), 310—Contemplación (poesía), 322—Ofelia (poesía), 330—Terneza (poesía), 364—Después... (poesía), 363—¡Es natural! (poesía), 379—Íntima (poesía), 426—Lágrima (poesía), 476—Cantando (poesía), 495—A Raquelina (poesía), 536—Inocencia (poesía), 546—Nocturno (poesía), 566—Albricias (poesía), 594—Al poeta G. Méndez (poesía), 603.

Martíno, Domingo D.—Al Paraná (poesía), 4—(poesía), Idilio, 53—En un album (poesía), 127—A... (poesía), 136—Armonía (poesía), 197—A mi amigo C. V. B. (poesía), 271—Rafael Obligado, 235—A... (poesía), 431—Mi amor (poesía), 476.

Matienzo B.—Flor de la caña, 187.

Mato de Turner, Clorinda—No hay Pedro Bueno, 367—Un festín de los Tíampos, 496—La cruz del Sacasí-lumam, 617.

Mato, Ramon—Errores tipográficos, 183—La moda, 221.

Mayer, Cárlos—El 25 de Mayo (poesía), 245.

Méndez, Gervasio—¿Cuándo vuelves a tu patria? (poesía), 434—La casita blanca (poesía), 446—La mujer que adoro (poesía), 474—A Una Oriental (poesía), 485.

Mendié, Rafael M.—La gota de agua (poesía), 149—El aura de amor (poesía), 177.

Mendoza, J. R. de—Patrocinio de Biedma, 505, 519, 529.

Mery, Saturnino—Amor de novela, 153.

N. N.—Una carta, 451.

Núboa, Ignacio—Lo que eres tú (poesía), 381—La vida (poesía), 437.

Noruz, Julio—Historia de un jugador, 374.

Oligido, Rafael—Leyen la: La aurora del cristianismo (poesía), 11—El Curupí (poesía), 42—La chucula (poesía), 87—Cereza (poesía), 172—Misterio (poesía), 206—Horas dulces (poesía), 231—Achira, 255, 265—Ella (poesía), 303—Independencia literaria, 325, 331, 337—El Aguairibay (poesía), 510 La tarde en el Paraná (poesía) 352—La Pampa (poesía), 418—Inspiración (poesía), 429—Gervasio Méndez, 433—Tu voz (poesía), 483—No llores (poesía), 534—Crítica literaria: Armonías del alma, 541—Al poeta americano Numa Llona (poesía), 560.

Oliver, Ramon—A... (poesía), 223—La pastorcilla (poesía), 232—Fragmento (poesía), 370—La corona del bosque (Leyenda en verso), 376, 392—Fragmento (poesía), 479—A María (poesía) 485—A mi paria (poesía), 500—¡Sobre una tumba! (poesía) 543—El día de animas! (poesía), 584—Desvel (poesía), 607.

Onrubia, Emilio—¡ Felisa (poesía), 489.

Oriental, Una—A Justo (poesía), 21—Luz y sombra; Verdad y mentira: Espíritu y Materia, 23—El sin ella (poesía), 27—El bastardo, 51—La ausencia (poesía), 79—A Justo 160—A Adelfa (poesía), 452—Al joven poeta G. Méndez (poesía), 463—A la niñita Consuelo Fuentes (poesía), 554—Adios a una amiga (poesía), 571.

Orrego de Uribe, Ramon—Recuerdos de Santiago (poesía), 616.

Ossa, Gerónimo—Alucinación (poesía), 339.

Palma, Ricardo—Donde y cuando d'abl' perdí el poncho, 8—Los Alcaldes de Arica, 162—A Anita Soler (poesía), 195.

Pelliza de Sagasta, Josefina (Judith)—La mujer, 267—Una monja emancipista, 383—Emancipación de la mujer, 349, 434.

Peña, María de la—Cartas a una amiga: La devoción en la mujer, 236—La mujer en el hogar, 253.

Peraza, Nicolas B.—Un día sin sol, 64.

Peregrino, El—A un jilguero (poesía), 63.

Perib, Eduardo—Impresiones de viajes, 534.

Perez, Estanislao—Lazos de amor (poesía), 575—Caridad! (poesía), 618.

Perez Sales, Francisco—El verbo tomar, 352—El petardista, 414.

Pesquera, M. Sanchez—El sueño de las perlas (poesía), 398.

Plácido—La flor del café (poesía), 206.

Porrás, Antonio—Mi vecina: La sensitiva, 609.

Prieto de Landázuri, Isabel—El plagio del corazón (poesía), 286.

Quesada, Vicente G.—Tradiciones populares.—La virgen del Cántaro—El Cristo de Buenos Aires, 188.

Redacción, De la—Un año, 1—El hogar y la sociedad, 11, 13, 40, 73, 97—Revista General, 11, 24,

35, 46, 58, 70, 81, 94, 107, 120, 131, 142, 154, 167, 178, 192, 203, 215, 227, 239, 250, 264, 275, 287, 299, 311, 323, 335, 348, 359, 372, 383, 390, 407, 420, 432, 433, 456, 468, 480, 491, 503, 515, 528, 540, 552, 564, 576, 587, 600, 612, 624.—Realidades y esperanzas: Una palabra sobre religion, 157.—Veneremos su memoria, 169—25 de Mayo de 1810, 241—Cárlos Mayer: Militar y poeta, 241—9 de Julio, 325—La mujer: Estudios Morales, 446, 457, 469, 501, 517, 537, 589.—Paz en su tumba, 469—Poesías de Manuel Hidalgo Cortina, 527—Armonías del alma, 529.

Rodriguez, María Luisa—Desencanto, 76.

Rodriguez, María—Á la señorita Josefina Montes Larrea (poesía), 586.

Rodriguez, Ida Edelvira (Everardo)—Canto á la Servia (poesía), 609.

Romántico, El—Sombras (poesía), 318.

Rosario—Martin Coronado, 330.

Ruiz, José—Rimas, 498.

S... Benjamina del—Gervasio Mendez (poesía), 578—A Amalia (poesía), 596—Á la luna (poesía), 622.

Sacristan, Fermin—Mi llanto (poesía), 331.

Salas, Juan R.—Un génio, un hombre absurdo y un perro, 114, 128.

Salaverri, Cárlos A.—Cosmético (poesía), 296.

Santacilia, Pedro—La tarde de Febrero (poesía), 260.

Sinués de Marco, María del Pilar—El tú y el usted, 5—El brazaleto de esmeraldas, 19—La timidez, 32—La desgracia, 34.—Las armas de la mujer, 242—La caridad, 555.

Serrano, R.—El amor, 237.

Saury, Leonor—La reina del corazón (poesía), 182.

Soffia, José A.—Á un joven poeta (poesía), 490.

Solar, Javier V.—El combate de Oscar y Dermid (poema de Ossian), 272.

Solar, Enriqueta—Pensamientos á orillas del mar, 262.

Suscriptor, Una—Educacion de la mujer, 124.

T., L. B.—Asuncion (poesía), 612.

Tapia, Alejandro—Las lágrimas del Loisa (poesía), 233.

Tejada, Temistocles.—Yo te he visto llorar! (poesía), 158.

Ténis.—El maricon, 68.

Terencio, El chico—Rosita (poesía), 299.

Tolon, Miguel T.—Maternidad (poesía), 107.

Torres y Quiroga, Raymunda—El dolor del alma, 67—Las noches de verano en el campo, 87—Filosofía sobre la instruccion de la mujer, 99—Maldito sea el dinero, 111—Las lágrimas, 125—La mujer y la sociedad, 136, 147—Historia de un collar de perlas, 172, 181—Educacion de la mujer, 212—El último amor, 234—Boceto de costumbres, 247—Flores y espinas, 259—La coqueta, 283—Ayer y hoy: Historia de un brazaleto—342, 354.—Sonrisas y lágrimas, 380—La abnegacion, 440—Un sueño, 472—Progreso, 497—La mujer, 508—La flor, 525—Melancolía y tristeza, 553—Madama Staël, 595—La tarde, 607 U., M. N.—Á la señorita Silvia Fernandez, (poesía), 548—Á una flor (poesía), 572.

Urtubey, Manuel—Á una selva (poesía), 213—Á un arroyo (poesía), 358.

Varas Marin, Quiteria—Á una Violeta (poesía), 162.

Varela, José Pedro—Cristo y Colon (poesía), 29.

Vasquez, Brae, R.—Á Jesus (poesía), 497.

Vilchez, Enriqueta Lozano de—La modestia (poesía), 35.

Villaran de Plasencia, Manuela—Mi lira (poesía), 191.

Villeazar, Elisa—Á la luna (poesía), 544—Mis ilusiones (poesía), 556.

Violeta—Crónica de la moda, 57, 92, 214, 262—La música y sus encantos, 229.

X.—Al distinguido artista boliviano A. Valdez 22.

X... Ensueños, 138.

Yepes, José R.—La última luna (poesía), 123.

Z.—María Massot, 467.

Zenea, José Clemente—El lunar (poesía), 129—Su boca (poesía), 134—Á mi amada (poesía), 164.

Zulema—Los recuerdos, 53—Ayer (poesía), 77—La Ordina del Plata (poesía), 126—La mujer, 165—Las lágrimas, 219—El suspiro, 271—Al ocultarse el sol (poesía), 320—Á Sor Teresa de Jesús, 331—Á la simpática Lola Larrosa (poesía), 368—Madre!, 398—Á la Sra Hortencia Bastamante de Baeza, (poesía), 465—Composicion leida en la inauguracion del Colegio de Paysandú (poesía), 565—Al ilustrado Catedrático de Filosofia Sr. D. Francisco F. Fernandez (poesía), 582—Diálogo (poesía), 621.